

Créese que el dolmen que existe en la cumbre llamada **Dorronsorogañe** del monte **Arantzazumendi**, en la línea divisoria de Ataun e Idiazabal, encierra un pellejo de buey (=idinarru) lleno de oro; por lo cual es conocido con el nombre de **Urrezulo'jo armurea** (=almora del hoyo de oro). Supuesta tal leyenda, nada tiene de extraño que el dolmen haya sido excavado varias veces, aun en nuestros días, y que nosotros al explorarlo, allá por el verano de 1920, no halláramos ningún resto arqueológico de los que, sin duda, contuvo en otro tiempo.

Cuentan en Placencia que entre el alto de **Irukuruteta** y Elgoibar existen doce cajas llenas de oro, de las que once se hallan ocultas dentro de sendos montículos de piedra. Habiendo realizado dos excursiones a esta montaña por los años 1920 y 1921, hallé justamente once montículos de piedra entre los términos que señala la leyenda, los cuales, explorados más tarde, se vio que eran dólmenes. De la duodécima caja nada se dice. Tal vez a ella se refiere otra leyenda de Placencia, según la cual, en el monte **Muskitsu**, entre **Pagobedeinkatua** y Elgoibar, existe una campana llena de oro (otros dicen **palanca de oro**) enterrada en una senda

por donde sólo pasan ovejas, las cuales la descubrirán alguna vez con sus pezuñas.

En el collado de **Austegarmin** (Orozco) hay una losa de piedra caliza, la cual, según las noticias que me dieron al pasar por allí el año 1922, y por su situación, tamaño, etc., debe ser la cubierta de un dolmen que debió existir en aquel sitio. Dijéronme que unos desconocidos extrajeron hace unos veintidós años gran cantidad de dinero que la piedra guardaba debajo.

También se dice que el dolmen situado en la loma de **Pagozarreta** en la ladera meridional del monte **Odoriaga** (Orozco) contenía dinero, por lo cual lo llamaban **dirua ataraeiko eskinia** (=cantón donde se sacó dinero).

Con el mismo intento fue excavado por unos cazadores, ha más de dieciocho años, el dolmen de **Azarizar** situado en los montes de Beruete (Navarra).

Idéntica suerte han tenido casi todos los demás dólmenes del país vasco, pues la creencia de que en ellos, o en los montes en que se hallaban enclavados, se halla enterrado un pellejo de buey (**idinarru**) lleno de oro, está muy arraigada en el pueblo.

(Recogido de *El mundo en la mente popular vasca*, de José Miguel de Barandiarán. Tomo I, páginas 173 y 174. Editorial Auñamendi. San Sebastián, 1960).

KANPAIZULO

Entre Morkaiko y Kalamua, en término de Elgoibar, existe un montículo conocido por **Kanpaizulo** (=agujero de la campana). Era en febrero de 1952, cuando en compañía de Juan María Larrea, por un descuido desviamos ligeramente nuestro itinerario por la parte septentrional de dicho montículo y fuimos a parar en una protuberancia con una reducida planicie en su parte alta, donde observamos un galgal de piedras en un diámetro de 7 m. y apenas 0,3 m. de altura. Todo el conjunto estaba muy revuelto y se nos hubiera pasado por alto de no conocer los túmulos dolménicos de

Diruzulo y **Olaburu** del monte Kalamua. Efectivamente, ante nuestra sorpresa, estábamos sobre los restos de un dolmen. Sitio aun donde se practica el pastoreo, no había lugar a dudas que en período neoítico sería una de tantas estaciones de pastoreo que abundan en nuestro país. Sus datos dí a conocer en «Munibe» (revista del G. de C. N. «Aranzadi», año V, cuaderno 1.º, págs. 19-21. San Sebastián, 1953).

Bajamos al caserío **Kurutze**, sito entre **Kanpaizulo** y el alto de **Urkaregi**. Allí nos dieron el nombre que hasta entonces ignorábamos, y allí nos contaron que an-

tiguamente se decía que en aquel lugar se guardaba una campana llena de oro. El señor del caserío recordaba cómo en su mocedad se habían hecho excavaciones en busca de oro.

Por el dolmen Diruzulo (= agujero del dinero) de Kalamua se ha contado análoga leyenda. Y cuando en 1934 Telesforo de Aranzadi y José Miguel de Barandiarán se dedicaron a excavación arqueológica, encontraron muy destruido. La memoria de dicha exploración se publicó en «Munibe» bajo el título Exploración de dos dólmenes en Kalamua (año VI, págs. 263-266. San Sebastián, 1954).

Lo curioso es que en la época neolítica aun no se conocía el oro, por lo menos en nuestras latitudes. Los dólmenes constituían los enterramientos de la época y se sabe que se inhumaba con amuletos, aperos y armas de sílex. Probablemente, los primeros buscadores de tesoros iban a por estos utensilios que por entonces tendrían muy apreciable valor y de ahí haya trascendido el mito de los tesoros hasta nuestros días.

Juan San Martín.

LA LEYENDA DEL CAZADOR ERRANTE

La leyenda del cazador que, en castigo de su afición desordenada, corre sin tregua montes y valles, acompañado de sus perros, forma parte del inmenso ciclo de cazas aéreas y nocturnas de que se hallan numerosos ejemplos en el folklore de todos los pueblos europeos.

Según variantes que conozco en el País Vasco, el cazador es un cura que, dejando a medio celebrar la Misa, fué con sus perros tras una liebre y no ha vuelto ni volverá jamás de su excursión.

Nadie le ha visto todavía, pero son muchos los que aseguran haber oído en nuestros bosques y montañas su silbido y el triste y monótono aullar de sus perros.

Juanito Txistularixa

Cuentan en Placencia que Juanito Txistularixa era un cura de Elosua muy aficionado a la caza. Un día, cuando estaba celebrando Misa, presentósele a la derecha el diablo en figura de liebre. En cuanto le vio el cura, dejando la Misa, le siguió con su escopeta y dos perros. Dios le castigó entonces a que anduviese

eternamente tras la supuesta liebre. Muchas veces, durante las noches de invierno, se oye el silbido del cazador y los aullidos de sus perros.

(Comunicado en 1921 por D. Carlos Orueta, de Placencia).

El cura de Mallebi

Había un cura cazador en Mallavia. Y tenía buenos perros. Una vez, hallándose celebrando Misa, trajéronle sus perros una liebre a las proximidades de la iglesia. Dejando al punto la Misa, salió a cazar la liebre armado de su escopeta.

Todavía discurre de monte en monte acosado por el hambre. Una vez halló a una mujer que cocía una hornada de pan; pidióle pan, y esa mujer, tomando pan en las manos, se acercó al cura; pero el cura no tenía tiempo de tomarlo; marchóse adelante, hasta hoy. Muchos refieren que los que se dedican a hacer carbón en el bosque le ven, y que oyen el silbido que dirige a los perros, y que cuando él anda, el viento mete mucho ruido.

(Contado en 1920, por Matías de Aranaz de Kortezubi).

PLAZAOLA

Optica - Foto

Estación, 8

Teléfono 72137

Eibar